

COMEDIA.

EL HUÉRFANO

INGLES,

Ó

EL EVANISTA.

EN TRES ACTOS.

CON LICENCIA.

MADRID : AÑO DE 1796.

*Se hallará en la Librería de Quiroga , calle de la Concepcion
Gerónima.*

COMEDIA

DE HERRERA

EN TRES ACTOS



EN TRES ACTOS

EN TRES ACTOS

CON FIGURAS

MADEIRA - ANO DE 1898

Printed and Published by the Government of Madeira, in the City of Funchal, 1898.

ACTORES.

Ricardo Fric, Evanista.
Ricardo, su Yerno.
El Marqués de Leicestér.
Guillermo, Criado.

Moli, hija de Fric, muger de Ricardo.
Selvi, Criada.
 Un Notario.
 Un Niño.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa obrador, ó taller interior de un Evanista: Ricardo sentado junto á una mesa en que hay papeles, regla, y compas, de cuyos instrumentos usa ántes de hablar.

Ric. He concluido mi plan,
 y dixera que está bueno;
 pero la alabanza propia
 envilece los sugetos.

Lo mejor será pasar
 á mostrárselo á mi suegro,
 y saber su parecer,
 sin embargo de que temo
 que fácilmente le apruebe,
 por el amor que le debo.

El favor de los amigos
 sirve en estos casos, menos
 que la critica sangrienta
 de los enemigos nuestros:
 mas es la desgracia, que esta
 nos manifiesta el defecto
 de modo que nos afrenta,
 y llega siempre sin tiempo;
 pues publicadas las obras,
 no hay en el error remedio.

¡Qué feliz seria el siglo,
 si los hombres de talento
 instruyesen al que yerra,
 sin ánimo de ofenderlo!

Sale Fric en trage de Evanista.

Fric. ¿Ricardo? *Ricar.* Padre, y Señor.

Fric. ¿En qué te diviertes? *Ric.* Tengo
 hecho el plan de la tribuna,
 y estaba ahora discurrendo

en pasarle á la censura
 de usted. *Fric.* A verle. Está bueno.
 Seguramente, Ricardo,
 no hay Evanista en el Reyno
 que pueda hacerle mejor.

Estos dichosos efectos
 produce tu aplicacion.
 Estoy loco de contento:
 abrázame muchas veces.

¿Dime has hecho ya el tanteo
 de su costo? *Ric.* Sí Señor:
 sobre poco mas, ó menos,
 son novecientas guineas.

Fric. ¡Novecientas! ¿cómo es eso?
 Tú lo has ajustado en mil,
 si del contrato me acuerdo;
 y en una obra de tres años,
 es muy poco ese provecho.

Ric. Con él iremos pasando,
 mientras nos envia el cielo
 mejor proporcion. *Fric.* Y en tanto,
 amigo, tambien tendremos
 economía tan grande,
 que toque ya en el extremo
 de miseria: tus dos hijos
 poco á poco van creciendo,
 es natural tengas otros
 y si llegamos á vernos
 con quatro, ó cinco muchachos,
 y sin pan, estamos buenos.

Ric. No me es posible adoptar
 al ingenio de otros Maestros
 que pierden la estimacion,
 quando ganan el dinero.

Obras públicas como esta

4
 tienen mas seguro el premio,
 si el artifice no mancha
 con intereses su esmero.
 Los que vean la tribuna
 preguntarán quien la ha hecho,
 y quanto costó: y si yo
 llevase mucho mas precio
 por su construccion, dirán
 infinitos al saberlo:
 buena está; pero tambien
 es buen ladron el Maestro.
 No, padre mio: midamos
 la estimacion, y provecho.

Fric. Dices bien: esa virtud,
 y honor de tus pensamientos
 justifican mi fortuna:
 me ha recompensado el cielo
 mis afanes, y fatigas
 benignamente, pues veo
 á Moli, mi amada hija,
 casada con un sugeto,
 en quien no he mirado cosa,
 que no me sirva de exemplo
 de admiracion, y de gusto.
 A tu imitacion mis nietos
 serán muy hombres de bien,
 aplicados, y modestos,
 de forma, que su crianza
 sobre principios tan bellos,
 colmará de bendiciones
 la memoria de su abuelo.

¡Qué felicidad tener::!
 me enterezo, me enterezo.

Ric. ¡O Padre mio! Nosotros
 vivamente pediremos
 á Dios, que haga á usted testigo
 por muchos años de nuestro
 feliz estado. *Fric.* ¿Quien entra?

Sale Guill. Buenos dias, caballeros.

Ric. y Fric. ¡Señor Guillermo!

Guill. No saben

la malicia con que vengo.

¡Pobres hombres! La Condesa
 me ha entregado unos dineros,
 á fin de que pague á usted,
 Señor Ricardo, aquel resto
 de la última cuenta. *Ric.* Bien.

Guill. Mi Ama gasta mucho tiempo
 en visitas, y funciones,
 y son pocos los momentos,
 que destina á estos negocios;
 que sino fuera por esto,
 ya habria pagado á usted;
 mas este es un privilegio
 antiguo de los Señores
 de calidad, cuidar menos
 de aquello que importa mas,
 pagar tarde, y cobrar presto.

Ric. No todos lo hacen así;
 porque hay muchos caballeros,
 que á los que saben servirles
 anticipan su dinero.

Guill. Para algunas obras, sí.

Fric. Las que en mi taller hacemos
 Ricardo, y yo, no son otras
 que las propias del modesto
 ejercicio de Evanista.

Guill. ¿Y que quiere decir eso?

Fric. Que nos tiene muy distantes
 nuestra aplicacion, y anhelo,
 de censurar la conducta
 de nobles, y de plebeyos.

Guill. Perdone usted, Señor *Fric.*
 Disimulo, que en efecto *ap.*
 todo saldrá en la colada.

Ric. Cabalmente en ningun tiempo
 será mas útil que ahora
 esa cantidad; pues tengo
 una obra grande que hacer,
 y podré acudir con eso
 á los gastos. *Guill.* ¿Y cuánto es
 (si teneis presente) el resto?

Ric. Cinqüenta, y cinco Guineas, pues la cuenta que en Febrero ajustamos, importaba sesenta y cinco, y yo creo que entonces recibí diez.

Gui. Dice usted bien: esto es bueno. *ap.* Veinte tomó; Qué bribon! Pero todo esto es muy bello para mi Ama la Condesa. Señor Ricardo, contemos.

Ric. ¿Quiere usted decir á Moli; á *Fric.* que me traiga aquel quaderno de cuentas, que está en mi quarto?

Fric. ¿Por qué no? voy al momento. *vase.* Sobre la mesa cuenta Guillermo el dinero, y se entrega de él Ricardo, dando tiempo á que salga Moli.

Guill. Cinqüenta y cinco cabales; si usted no está satisfecho, podrá volver á contarlos.

Ric. Pagado estoy, y contento.

Sale Moli Ricardo, aquí está tu libro. *Le toma Ricardo, se sienta, y lee.*

Guill. Si ellos no salen del Reyno, ¡pobre Condesa! Mas yo sabré zurzir el enredo.

Señorita, cada dia está usted mas bella. *Moli.* Aprecio el favor de usted. Ricardo me suele decir lo mismo muchas veces, que es á quien parecerle bien anhelo.

Guill. ¿Y á nadie mas? *Moli.* No Señor, *con enfado.*

á ninguno mas. *Ric.* ¿Qué es eso?

Moli. Nada: mira tú tu libro.

Ric. En veinte y uno de Febrero recibí veinte Guineas: tome usted, Señor Guillermo, diez: supuesto que son veinte las que recibidas tengo.

Guill. Malo, que es hombre de bien. *ap.*

Quedamos en paz. *Ric.* Es cierto.

Guill. Pues la Condesa me ha dicho que usted, su muger, y suegro vayan á verla al instante.

Ric. ¿A su Excelencia? ¿Qué es esto? ¿Está quejosa de mí?

¿Le faltó mi rendimiento en algo? Porque pagarme, y mandar llamarnos luego

¿qué puede ser? *Moli.* ¡Ay Ricardo!

Ric. No te asustes. *Guill.* Bueno, buen bien se conoce que ustedes (no. no han conocido su genio.

Es la muger mas benigna que se hallará (en el infierno) *ap.* en todo el mundo. Ella vé el virtuoso manejo

de ustedes, y reconoce que es un alivio pepueño

darles de valde esta casa, en que ha dos años y medio

viven, contigua á la suya;

con que, segun yo comprendo,

quiere que el Señor Ricardo illustre su buen ingenio,

viajando toda la Europa,

para que observando, y viendo los mejores obradores,

y Evanistas de otros reynos,

se vuelva á Londres, tal vez superior á todos ellos.

Moli. Diga usted á la Condesa

que yo la estimo el consejo:

que el viajar cortés, y andar

vagando de pueblo en pueblo,

será mas util al Conde

su marido: y con todo eso,

si yo fuese á proponerla

que se ausentase, sospecho

que no me lo agradeciera.

Guill. En contrario hay un exemplo.

Mi Amo vá de Embaxador á Dinamarca, y yo creo que no ha pensado en seguirle; pero ese estorvo es pequeño; pues con doscientas guineas anuales, que por lo menos dará á ustedes la Condesa, podrá llevar á su suegro, á su muger, y á sus hijos el Señor Ricardo. *Ric.* Debo mirar con mas atencion de unos, y otros el sosiego, y tampoco me es decente hacer falta á los sugetos, á quien ofrecí servirles; sé contentarme con menos: y por ser algo mas rico, no abandono lo que quiero, ni he de darles malos ratos: pero sin embargo irémos á mostrar á su Excelencia nuestra gratitud, y afecto.

Moli. ¿Y á nosotros qué nos falta? Nada: estamos tan contentos con nuestra suerte, que es fácil que no nos acomodemos á trocar con la Condesa.

Guill. Usted ha perdido el seso, Señora Moli; conque hablando con fundamento, ¿no quiere usted ser Condesa?

Moli. Lo fuera sin otro objeto que el de ser Conde Ricardo.

Guill. ¿Y usted gustaria serlo?

Ric. No, por mi vida. *Guill.* ¿Por qué?

Ric. Porque no pudiera hacernos mas felices; ademas, que si gasté tanto tiempo en aprender á Evánista, y no de los mas perfectos,

¿quánto echára en aprender á ser Conde? *Guill.* ¿Qué tremendo disparate! Yo me rio.

¿Sabe usted si en algun reyno hay aprendices de Condes?

Ric. No hay: pero debiera haberlos.

Las obras de un Artesano, quando salen con defectos, tienen el justo castigo de tratarlas con desprecio los que las mandan hacer, y retienen su dinero, conque el perjuicio resulta únicamente al Maestro.

Y si para aquellas obras, que se exâminan, primero que se paguen; se requiere práctico conocimiento del que las hace; y exâmen de su persona, y talento: para las de algunos Condes que son de mayor provecho, ó deben serlo al estado; ¿por qué razon no ha de haberlo? Toma, Moli, llevale á tu padre este dinero.

Moli. Dame; pero entra al instante, pues llevo un desasosiego indecible. Esta Condesa tiene malos pensamientos como sabes, y tal vez::

Ric. No empieces ya con recelos.

Sale Selvi. Señora, sírvase usted de entrar al instante adentro, porque con los dos muchachos me falta ya el sufrimiento.

Moli. ¿Pues qué hacen, Selvi?

Selvi. Llorar.

Guill. ¿Y que se le dá á usted de eso? Mañana tendrá marido, y á los dos años primeros

tal vez otros dos muchachos;
y le será de provecho
el estar acostumbrada
á verlos hacer pucherós.

Selvi. El anuncio de marido,
por hacerle usted, le acepto,
pero en punto de chiquillos
no, no, ni oírlos, ni verlos.

Moli. Vamos. *vanse.*

Guill. Por lo que hace á Moli,
no tuviera sentimiento
en que se quede:—sus ojos:—
mi corazón:—malo es esto;
si se arde la chimenea,
se vino la casa al suelo.

Ric. ¿El Marques de Leicester,
hermano (y buen caballero)
de la Señora Condesa
llegó antes de ayer? *Guill.* Es cierto.

Ric. Iré á besarle la mano,
y á ofrecerme como debo
por su criado *Guill.* El Marqués
no gusta de cumplimientos.
¿Le conoce usted? *Ric.* Yo no:
pero me ha dicho mi suegro,
que le debe muchas honras,
y es fuerza que acreditemos
que somos agradecidos.

Guill. Mal semblante ván poniendo *ap.*
estas cosas; si él vá á verle,
y se descubre:—mas esto
no puede ser. ¿Qué he mirado?
¡Ay pobre de mí! Esto es hecho.
El Marqués entra aquí.

Ric. ¡Cómo! ¿El Marqués?

Guill. Ni mas, ni menos.
El sabe que la Condesa:— *ap.*
No puedo huir. ¡Pobres huesos!

Sale Marq. Me alegro de hallarte: vete
á la tienda unos momentos,
y espera allí. *Guill.* Bien está. *vase.*

Marq. ¿Y Fric? *Ric.* Estará allá dentro.
Permítame Vuecelencia,
que me ofrezca á su respeto
con la mayor humildad.

Marq. ¿Pues quién eres? *Ric.* Soy el Yerno
del Señor Fric. *Marq.* ¿Quién? ¿Ricar-

Ric. Si Señor, criado vuestro. (do?)

Marq. ¿Qué tiempo hace te casaste?

Ric. Unos quatro años y medio.

Marq. ¿Tienes hijos? *Ric.* Si Señor:
dos varones. *Marq.* Malo es esto. *ap.*
Y dime ¿con tu familia,
y tu suerte estás contento?

Ric. ¡Ay Señor Excelentísimo!
Parece que ha unido el cielo
las virtudes, el candor,
la hermosura, y el talento
para mi felicidad;
y el estado en que me veo,
sin duda que la fortuna
le mide con mis deseos.

Marq. Mas dificultad. No obstante *ap.*
conviene hacer el cotejo
de unas noticias con otras.

Ricardo, dile á tu suegro
que venga, pues quiero hablarle;
y de paso, dí á Guillermo
que salga aquí.

Ric. Voy al punto. *vase.*

Marq. No Puede engañar su aspecto
ni su estilo:— él es sin duda.

¿Mas que haria aquí Guillermo?
¿Qué bribon! *Sale Guill.* Señor, Ricar-
ha ido á buscar á su suegro, (do
que no está en casa: y me ha dicho
(yo estoy temblando de miedo) *ap.*
que Vuecelencia me llama.

Marq. Sí, te llamo con efecto.

¿De qué tiemblas? *Guill.* Tengo frio.

Marq. Hombre, ¿frio en este tiempo?

Guill. Yo tiritó en el verano,

y me baño en el invierno.

Marq. A mi padre sirvió el tuyo hasta su fallecimiento, y le estimábamos mucho: porque de jóven, y viejo era muy hombre de bien.

Guill. Sí Señor: en quanto á eso todos afirman lo mismo.

Marq. Mas su hijo: ¡qué perverso! ¡Qué pícaro! ¡Qué malvado! ¡Qué embrollista! ¡Qué embustero!

Guill. Mas debo yo á Vuecelencia que debió á su padre excelso el mio. *Marq.* ¿De qué manera?

Guill. Porque al tiempo del entierro le hizo las honras, y á mí Vuecelencia, por efecto de su bondad, me las hace aun ántes de haberme muerto.

Marq. Ven acá, bribon. *Guill.* A Dios. todo lo ha sabido: Hoy muero. *ap.*

Marq. ¿Entrastes ayer en mi quarto?

Guill. Si Señor. *Marq.* ¿Y con qué intento recogiste unos papeles reservados? *Guill.* En quanto á eso se equivoca Vuecelencia, porque yo los hallé puestos sobre una mesa, y no estaban reservados, ni secretos.

Marq. Mi despacho es un sagrado que solo tu atrevimiento le ha profanado. Responde, dime, ¿con qué pensamiento los tomaste? *Guill.* Como se hablan con variedad los sucesos de la familia de Darvi, quise saber ese cuento, novela, historia, ó lo que es. La situacion:—el empeño:—mi Señora la Condesa:—la averiguacion, mi genio,

una novedad, la carta,

los papeles, el deseo:—

yo no sé lo que me digo. *ap.*

Marq. ¿Qué charlas tan sin concierto?

Guill. Pues nunca hablo yo mejor.

Marq. Muy bien: por ahora quiero considerarte mas digno de piedad, que de mi ceño: persuádome, que mi hermana encargaria á tu zelo este caso; ¿no es verdad?

Guill. Sí Señor, ello por ello.

Marq. ¿Y le enseñaste la carta, ó le has dicho su contexto?

Guill. De ningun modo: eso fuera abusar sin fundamento de aquella casualidad, y romper tan gran secreto, como el de aquellos papeles, que contienen nada menos que el destino de los Duques de Darvi; bien considero, que mi Ama interesa mucho, y que solo por saberlo me hiciera un grande regalo; pero ¿qué importa? Primero es el proceder con honra.

Marq. En este bolsillo creo que hay mas que pudiera darte mi hermana, con que ya déxo tu pérdida compensada.

Guill. Le recibo, y le agradezco: aunque yo por intereses:—

Marq. No haces nada: ya lo entiendo; Tú sirves á la Condesa con puntualidad, y afecto, y lo que no le hayas dicho por la ambicion del dinero, tal vez se lo habrás contado por fidelidad. *Guill.* Es cierto.

Marq. ¡Qué pícaro! *Guill.* A Vuecelencia le

le consta , quanto venero
los preceptos de mi Ama:
ha sido flaqueza ; pero::-

Marq. Al caso. *Guill.* Sabiendo yo,
que muchas rentas, y efectos
del estado de mi Amo
pertenecen de derecho
al Duque de Darvi, quise
satisfacer mis deseos
de complacer á mis Amos,
haciendoles el obsequio
de darles estas noticias.

Marq. A costa de mi respeto,
y confianza, ¿es verdad?
No hay en todo el universo
mayor pícaro que tú.

Guill. En el impulso primero
de su enojo piensa así
Vuecelencia; pero luego
que interiormente discurra
en la obligacion que tengo
de amar á quien me dá el pan,
será otra cosa. Yo espero
que me hará justicia, y tanto
que quisiera á qualquier precio
un criado como yo.

Marq. Me sirviera poco tiempo;
¿pero sabes, si mi hermana
ha formado algun proyecto
sobre este caso? *Guill.* No sé:
para mentir soy Maestro. *ap.*

Mar. ¿Qué hacias aquí? *Guill.* He venido
á pagar unos dineros
que mi Ama debia á *Fric.*

Marq. Retírate ya. *Guill.* Obedezco. *vas.*

Marq. Mi hermana piensa muy poco
en restituir: Guillermo
le dirá lo que ha pasado,
y ella usará quantos medios
imagine convenientes
á retener un derecho,

que no es suyo. Pasion vil
de la ambicion, ¡quántos pechos
son tus vasallos, y quántos
son de tí idólatras ciegos,
consumiendo en vanas pompas
los intereses agenos!

Y quando á sus puertas llegan
aquellos mismos, aquellos
de quienes es lo que gastan
á implorar algun consuelo;
los atropella el furor,
ó les responde el desprecio.

*Sale Fric, acabándose de vestir ropa
decente.*

Fric. Dispénsese Vuecelencia
la molestia de haberle hecho
esperar ; ignorando
que este miserable suelo
mereciese honor tan alto,
salí un rato. Yo me alegro
de vuestro feliz arribo.

Marq. Yo, Amigo, te lo agradezco.
Sientate. *Fric.* En pie estoy mejor,
y esto á Vuecelencia debo.

Marq. ¿Qué me puede autorizar
el usar de mi respeto
con el que no le compite?
Siéntate : yo te lo ruego.

Fric. Me resigno. *Marq.* He visto ahora
en este sitio á tu Yerno.

Me parece un buen muchacho.

Fric. Sí Señor, es un portento
de aplicacion, y virtud;
mi hija, él, y mis nietos
hacen dulce mi vejez,
y son todo mi consuelo.

Marq. ¿Padeces algun atraso?

Fric. No, Señor, á nadie debo
ni aun la cantidad mas leve:
no soy rico ; pero tengo

bastante para vivir;
 pues (bendito sea el cielo)
 no reside en esta casa
 ninguno de los defectos
 que originan la pobreza:
 gastamos lo que podemos
 con respeto á la ganancia;
 gracias á Dios, no hay enfermos
 y nos sobra aplicacion.

Mar. ¿De qué país es tu Yerno? *Fri.* No sé.

Marq. ¿No lo sabes? ¿cómo?

Fric. No lo sé, Señor. *Marq.* Pues eso me parece muy extraño.

Fric. Señor Marques, nada debo ocultar á Vuecelencia:

Fruto infeliz, es mi yerno,
 de la pública miseria;
 huérfano en fin. *Marq.* Ya comprendo.
 ¿Y como le conociste?

Fric. No sé que impulso secreto me hizo entrar hace quince años en uno de los Colegios útiles á la crianza

de estos muchachos expuestos:

se me presentaron muchos agradables, y muy bellos.

La salud, y la alegría recomendable me hicieron su inocencia, y preguntando por su nombre al uno de ellos, dixo: llamarse Ricardo

Yo respondí muy contento: tú tienes mi propio nombre; y él con rostro placentero volvió á decirme; pues bien, si un propio nombre tenemos, adópteme usted por hijo, que no le pesará de ello.

Esta graciosa respuesta, y el informe que me dieron de su apreciable conducta

pudo enternecer mi pecho. Le pedí, y me le otorgaron, dexando en un libro puesto el recibo, con las señas de mi casa. Este es mi Yerno. Dirá Vuecelencia ahora que anduve poco discreto en casarle con mi hija, sin saber su nacimiento, y respondo: que si el Rey pusiera en mi mano el premio de sus vasallos, no diera las dignidades, ni empleos á los que nacen Señores, como no supiesen serlo. Ricardo tiene gran juicio, es aplicado, y modesto; y sabiendo, ó no su origen; de qualquier modo prefiero un Plebeyo, hombre de bien, á un pícaro Caballero.

Marq. ¿Y qué edad tenía entonces?

Fric. Catorce años poco menos.

Si contase á Vuecelencia sus virtudes por extenso, exígera la ternura, y compasion de su pecho.

¡O Señor Excelentísimo!
 ¡Y cuántas veces me ha hecho derramar lágrimas vivas, y exhalar suspiros tiernos!

Marq. De su honradez, y bondad penetrado voy. Yo quiero verle, y hablarle despacio. Dile, Ricardo, que luego vaya á mi casa, y me espere ínterin que á ella vuelvo.

Fric. Obedecerá al instante.

Marq. A Dios, *Fric.*

Fric. Prospere el cielo la vida de Vuecelencia.

Marq.

Marq. Basta: quédate. *Fric.* Obedezco.

Marq. Y piensa que tendrá en mí un buen amigo, tu Yerno. *vase.*

Fric. ¡Con qué confusion me dexa el Marques! Yo no comprendo á qué fin son sus preguntas: ¿qué querrá á Ricardo? temo:— pero ¿qué he de temer? Dios mirará por mí, y por ellos.

ACTO SEGUNDO.

Salen Moli, y Selvi.

Selvi. En toda mi vida he visto una Señora tan tierna como usted: otras conozco que tantas quantas mas leguas tienen ausente el marido, viven ellas mas contentas; pero usted sin duda juzga que mi Señor es de cera, y se le ha de derretir si acaso á otro fuego llega.

Mol. El cielo une á los esposos, y quando su providencia los separa, es necesario el conformarse con ella; pero quando un accidente de nuestra naturaleza, ó de la agena malicia los distrae, ó los violenta, el no sentirlo es valor, que induce alguna sospecha.

Selvi. Esto va en genios mas ¡ay! El niño mayor empieza á gemir: vaya, que yo con los dos tengo gran fiesta. *vas.*

Mol. ¿Qué hará Ricardo? No vuelve. confieso que estoy inquieta. ¿Qué querrá el Señor Marqués? Estos poderosos piensan que un pobre oficial, que vive de sus continuas tareas,

gana algo en perder el tiempo. No sé que es lo que me altera el corazon. Un Señor de tan distinguidas prendas, no parece regular viniese á mi casa mesma á buscar á mi marido para hacerle alguna ofensa. Mas con todo, esta confianza tiene mucho de indiscreta; porque no pocos Señores buscan entre la pobreza unos medios nada dignos de acreditar su grandeza.

Sale Fric. ¿Con quién hablas, hija mia?

Mol. ¡Ay Padre! *Fric.* ¿Qué te molesta? ¿se ha puesto malo algun chico?

Mol. No, Señor: lo que me llena de dolor es la tardanza de Ricardo. Yo quisiera, pues usted habló al Marqués saber á qué efecto:— *Fric.* Cesa: se informó del nacimiento de Ricardo, y de su buena conducta; me fué forzoso responderle sin reserva: y me dixo al despedirse, que le encargase que fuera á verle sin dilacion, asegurándome que era fiel Amigo de mi Yerno.

Mol. Pero toda esa fineza ¿de qué nace? *Fric.* ¿Qué sé yo? ¿Y á tí que es lo que te inquieta?

Moli. No sé: pero esta llamada:—

Fric. Esto es lo que me impacienta; hija mia, las mugeres no tienen otro sistema que recelar siempre males, fundando graves sospechas de un leve principio, para

darnos tormento con ellas.
 Te l vez el Señor Marqués
 querrá alguna obra de priesa,
 y para eso le ha buscado.

Mol. No, Padre mio; si fuera
 ese el motivo, enviária
 á llamarle su Excelencia
 por medio de algun criado:
 pero venir á la tienda
 un Señor, como el Marqués,
 y estar tan despacio en ella
 averiguando la vida,
 el nacimiento, y las prendas
 de mi marido, no sé
 á qué atribuirlo pueda.
 ¿Qué le importará al Marqués
 que sean malas, ó buenas?

Fric. El Señor Marqués, es hombre
 del modo que lo es qualquiera
 Evanista: las virtudes
 en todo estado interesan:
 y tal vez se enterneció
 quando yo conté las vuestras.

Mol. ¡Ay Padre! Que la virtud,
 que muchas veces se encuentra
 en esos Señores, es
 la sed de sangre, y la fuerza.

Fric. El vicio es una desgracia
 de nuestra naturaleza:
 no será mucho que en ellos
 tambien el vicio se vea:
 pero están mas obligados
 los que viven en grandeza
 á contener sus pasiones,
 tanto mas, quanto con ellas
 pueden hacer mayor mal
 que los pobres que las tengan.

Sale Guill. Me alegro de hallar á ustedes.
 porque les traygo una buena
 noticia. ¿Mas donde está
 el Señor Ricardo? Venga,

venga al punto. *Mol.* No está en casa.

Guill. Lo siento; pero paciencia:

Tio Fric, lléguese usted,
 que el corazon no me lleva
 el callar mas. Soy amigo
 que jamás gasta tibiezas
 en hacer bien, mayormente
 quando el asunto interesa
 á unas gentes tan honradas
 como ustedes. Si supieran
 estos pobres mi intencion,
 y por gusto la midieran
 con mis voces, ¡qué distancia
 encontrarán tan inmensa!

Pero ya es moda en el mundo
 dar con la mano siniestra
 un dulce, y un rejonazo
 prevenir con la derecha.
 Esta es una explicacion
 material, y bien grosera;
 pero la moral no es mala
 para aquellos que la entiendan.

Fric. Pero ¿que hay Señor Guillermo?
 Dígalo usted sin reserva.

Guill. Pues, Señor, yo fuí asombrado
 de conocer la pureza
 del Señor Ricardo: él pudo
 guardarse las diez guineas,
 que hubo de equivocacion
 en nuestra última cuenta:
 mas apenas la notó,
 me volvió á entregar en ellas.
 Esto sí es lo que se llama
 hombre de bien á derechas.

Mol. ¿Y de eso se admira usted?
 Para que Ricardo vuelva
 lo que sabe que no es suyo,
 no es necesario que fuera
 muy honrado: únicamente
 basta que ladron no sea.

Guill. ¿Basta con no ser ladron?

ap.

¿Y

¿ Y cree usted, que se encuentran en Lóndres muchos Maestros que proceden con tan buena fe? No, Señora; que hay muchos que suman como en las ventas quatro reales por el quarto, por la cama una peseta, de asistencia dos ducados, y por todo reales treinta; siendo así que todo es uno cama, quarto y asistencia. ¡Con qué colores tan vivos le pinté yo á la Condesa la mucha honradéz de ustedes! Finalmente su Excelencia quiere verlos. *Mol.* Para qué?

Guill. Es una muger muy buena, y quiere absolutamente dar á ustedes muchas pruebas de su propension, siguiendo, con empeño en el sistema de hacerles viajar. *Mol.* Señor, mi Señora la Condesa se cansa en vano: nosotros vivimos en conveniencia, y sin la necesidad de buscarla en otras tierras.

Guill. Sí, mas no me pareció responderla con dureza sobre esa repulsa, y mas quando yo tengo experiencia del genio de estos Señores; y que para que aborrezcan al sugeto que mas quieren, es suficiente que vean que á su gusto, malo ó bueno, se hace alguna resistencia. ¡O! No soy tonto; y sé bien en qué tiempo, y porqué tecla le he de hablar á cada uno.

Fric. En efecto, es gran prudencia

el procurar evitar que el poderoso se ofenda del pobre; porque en la lid, pocas veces aprovecha el valor ni la razon, si usa el poder de la fuerza.

Guill. No hay que hacer, andube diestro: la pinté con sutileza la incomodidad de un viaje; y mas, quando el que le intenta no tiene abundancia de oro: y entónces abrió la puerta de su generosidad, y dixo de esta manera: Guillermo, estoy empeñada sobre que Ricardo sea el Evanista mejor del reyno, y que se prevenga á viajar toda la Europa, que para que no carezca de socorro, le señalo desde hoy quinientas guineas anuales. *Mol.* Y diga usted: ¿la buena noticia es esa?

Guill. ¿Pues qué, es mala? *Moli.* Para mí nada la encuentro de buena. Dígale usted á su Ama, que el interés de sus rentas, de su oro y sus diamantes no es posible nos venciera á que dexemos la dulce pacífica vida nuestra.

Guill. Pero será menester una razon, que convenza de no admitir su favor.

Moli. Usted es algo postema. Quando pende de mi arbitrio una cosa mala, ó buena, para no hacerla hay razon, solo en no querer hacerla.

Mol. Muy bien: mas no puedo menos

de

de decir, que esa respuesta viene á ser en la substancia una gentil desvergüenza

Moli. ¿Cómo usted?::—

Fric. Señor Guillermo, poco á poco, y no me ofenda este pedazo del alma; tal vez en la inteligencia de que estas canas no son bastantes á defenderla.

Guill. ¿Y cómo? *Fric.* Primeramente con humildad y modestia rogaré á usted; que en mi casa de ese modo no se exceda.

Guill. Y si no basta; ¿que hará?

Fric. Romperle á usted la cabeza
coge una silla.

con lo primero que encuentre.

Guill. Basta, basta. *vase.* *Mol.* ¿Qué inso-
de hombre (lencia

Fric. También tú has andado, hija mía, algo indiscreta. En todos es despreciable el vicio de la soberbia; pero entre los pobres mas, pues su estado les enseña á saber exercitar la humildad y la paciencia.

Mol. Yo no puedo tolerar los extravagantes temas de algunas gentes, que quieren hacer servirse por fuerza: ha de ser su gusto ley, aunque para obedecerla se sacrifique la vida, el alvedrío, y la hacienda.

Fric. Sin embargo, no debemos presumir de la Condesa si no es un buen corazon; pues miradas sus promesas, aunque no las aceptemos,

debemos agradecerlas.

Mol. Mire usted, padre, la he visto en su carroza diversas ocasiones: siempre vá tan espetada, y tan tiesa, que mas que muger, parece helado bulto de piedra.

Fric. ¿Pero tú qué infieres de eso?

Mol. Vanidad. *Ric.* Quando lo sea, ¿qué te importa á tí? *Mol.* Ahí es nada si ahora nos interesa el conocer su carácter, y distinguir sus finezas, ¿no ha de importarme? Usted, padre (perdoneme la advertencia), de una persona, que es vana, nunca espere cosa buena.

Si pudiéramos saber la intencion de la Condesa, viera usted, que su piedad nace de alguna baxeza.

Pero ¡ay! ¡Mi esposo! Ricardo
Sale Ricardo.

¿porqué vienes tan de priesa?

Ric. Mi bien, por verte mas presto.

Mol. ¿Qué graciosa es la respuesta!

¡Y nos anda procurando felicidad la Condesa! ¿Qué mayor felicidad, que escuchar yo sus finezas?

Fric. A la verdad, hija mía, que debes estar contenta con tu fortuna; pues hoy pocos maridos se encuentran, que traten á sus mugeres con tanto amor y terneza.

Moli. ¿Por qué no, quando la misma obligacion les estrecha que á nosotras? *Fric.* Porque dicen, que es ya moda la aspereza entre los casados. *Ric.* Bueno:

¿pues,

¿pues, por ventura el que sea moda, le dará virtud á una cosa que es mal hecha?

Fric. No, hijo mio; pero el nombre de moda tiene tal fuerza que hallan tránsito á su sombra muchas costumbres bien feas.

Mol. ¿Qué te queria el Marqués?

Ric. No lo sé, pues su Excelencia, despues de haberle esperado mas de dos horas y media, me envió á decir que quedaba ocupado en diligencias que no puede abandonar, y que él vendria á mi tienda, luego que las feneciese.

Mol. Y es una cosa muy buena, hacer que un pobre oficial tres horas de tiempo pierda sentado en una ante-sala, ó tal vez en la escalera.

Es cierto, que estos Señores tienen cosas que me quemán.

Fric. Hija: yo te desconozco: todo te turba y altera.

Mol. Pues si es la verdad: *Ric.* Yo he estado con la mayor complacencia escuchando á los criados contar las amadas prendas del Marqués. *Fric.* Pues desde luego aseguro que son buenas. (dos

Mol. ¿Por qué? *Fric.* Porque en los criados se pega, como epidemia, la costumbre de no hacer al Amo buenas ausencias.

Mol. Pues, perdóneme el Marqués, que para que yo le tenga en otro concepto, basta ser su hermana la Condesa.

Fric. Con todo, hemos de implorar su favor, y su asistencia

contra su hermana; pues quiere que abandonemos por fuerza, nuestra situacion tranquila haciéndonos mil ofertas.

Ric. Yo no comprendo el motivo, que esta santa muger tenga para este empeño: por fin es preciso agradecerla sus expresiones, y darla mil gracias, por todas ellas.

Mol. Mira, toma mi consejo y no la hables ni la veas. No sé que genio es el mio: no me impone la grandeza respeto, si á la virtud no tiene por compañera.

Ric. Eso es demasiado, Moli, y es forzoso, que comprendas que la distincion de estados no es una vana apariencia, sino distincion real, y útil. *Mol.* En hora buena. mas la falta de virtud suele hacer que se convierta en tirania; y no andemos en disputas: la Condesa quiere perdernos.

Sale el Marqués, y un criado suyo, que entregando una caxita que saca en la mano, se retirará: á su salida se sorprenden los tres.

Marq. Su hermano sabrá defenderos de ella.

Ric. ¿Qué has dicho, Moli?

Fric. Señor no se enoje Vuecelencia, de que impulsada mi hija de una reflexion ligera prorrumpiese:— *Marq.* Basta, *Fric.* que no quiero abultar quejas, sino dar satisfaccion.

Ric. ¿Satisfacción Vuecelencia

en mi casa? ¿De qué agravio?

Marq. Acercad aquí esa mesa:
dame tu ese cofrecito
y retírate allá fuera.

vase el criado.

Mol. Turbada estoy. *Fric.* ¿Qué será esto?

Marq. Sentaos: Aquí se encierra
señala la caja.

el destino de Ricardo.

Ric. ¿Mi destino? *Moli.* ¿Yo estoy muerta?

Marq. Sí Ricardo: en esta caja
está una solemne prueba
que justifica quien eres.

Ric. ¿Qué oygo! *Fric.* Señor, Vuecelencia
no nos confunda: mi Yerno:--

Marq. Tu Yerno es mas que tú piensas.
Leed lo que dice encima.

Lee Ric. „El Protector, que gobierná
„la Real casa de los Niños
„Expósitos, no entregue esta
„caja, sino es al Marqués
„de Leicestér, y en su ausencia,
„ó por su muerte, al sugeto
„que señala, ó le suceda.

Marq. Esto habla con mi padre,
luego diré por qué mientras
él vivió, ni yo despues,
hicimos la diligencia
de sacarla ántes: que ahora
la alegría no me dexa
arbitrio para otra cosa
que darte la enhorabuena,
y los brazos muchas veces.

Gran Duqué de Darvi, llega
y compénsale á tu Amigo
la amistad: y la fineza
con que te dá esta noticia.

Mol. y *Fric.* Señor:-- *turbados.*

Ric. Señor:-- *Marq.* ¿Qué recelas?
Grande desde que naciste
eres. *Mol.* ¿Qué fortuna es esta?

Marq. Volved á tomar asiento,
y la admiracion depuesta,
veremos un documento
que tu origen nos revela.
Tú has de Leer esa carta,
que casi en la hora postrera
de su vida me entregó
mi Padre, con la advertencia
de que en esta caja estaba
una puntal copia de ella,
como es así: vedla aquí:
tomadla, *Fric*, y leedla
para vos, por si la copia
con su original concuerda.

*Dale á Fric la copia, que vá leyendo
para sí, ínterin que Ricardo lee en públi-
co la suya, y Moli manifiesta regocijo.*

Lee Ric. Ya sabes, querido Amigo, el
peligro á que estoy expuesto, y á que
lo está toda mi familia, por la cons-
piracion de mis contrarios. El Rey in-
dignado por falsas acusaciones, ha se-
qüestrado mis títulos, y rentas; y en
tan penosa situacion voy á tomar un
partido extremo. He persuadido á la
Duquesa mi muger, que nuestro úni-
co hijo ha fallecido, y le hago criar
en la casa de los huérfanos con el
nombre de Ricardo en lugar del de
Enrique que se le puso en el Bautis-
mo. Si con mi ausencia consigo apla-
car la cólera del Rey, volveré á sa-
carle; pero si ántes cediese mi vida
al esfuerzo de mis sentimientos, le
recomiendo á tu amistad. Yo creo que
sin embargo de que ahora tenga una
educacion tan descuidada, su naci-
miento le enseñará á dar la vida por
su Rey, y por su patria. En la caja de
los huérfanos, hallarás un cofrecito
con una copia idéntica de esta carta,
la

la fé de Bautismo de Enrique , la de mi casamiento con su afligida madre, y algunos diamantes de que puede necesitar, si no hereda mis rentas. Londres, y Mayo 6 de 1786.

Alberto, Duque de Darvi.

Excelentísimo Señor Marqués de Leicester.

Fric. Pues aquí dice lo mismo *se levant.* sin que le falte una letra.

Mol: Señor, es posible:-- vaya la alegría no me dexa demostraciones, ni voces.

Enrique, ¿qué dicha es esta?

¡Ay Esposo! No es posible ponderarte lo contenta que estoy; no porque ascendamos á tan superior grandeza, sino es por los beneficios que repartirás en ella.

Harémos á todos bien, y en nosotros la pobreza tendrá un apoyo piadoso.

Ric. Esa es, Moli, una perfecta copia de tu alma preciosa: esa es la mejor idea de tu espíritu admirable.

Harémos bien. Ya das señas de que has de saber ser grande; pues no tienen la riqueza, ni los títulos honrosos timbre de mas excelencia, como el hacer á los pobres todo quanto bien se pueda.

Fric. Ricardo, ¿quieres tomar mi consejo? Ric. Ya es ofensa de mi humildad esa duda, sabiendo usted mi obediencia.

Fric. Pues recoge esos diamantes, cuyo valor nos franquea alguna comodidad

en nuestras pobres tareas: y esas cartas y papeles que tu origen manifiestan quémalas, ó arrojalas donde en la vida parezcan. *Ma Como?*

Moli. ¿Y porqué ha de arrijarlas? No, Padre mio, eso fuera abusar de las piedades de superior providencia.

Fric. ¿Qué vá á delantar Ricardo con todas esas grandezas? Su propio padre no pudo criar a su hijo entre ellas, y se miró precisado á esconder su infancia tierna en el número de oscuros niños de la Nacion nuestra.

Los empleos grandes (suelen decir muchos) se reservan para hombres grandes, es cierto; y tambien las grandes penas, y sinsabores. Compara con madurez, y reflexa tu estado con el de un grande, y hallarás la diferencia á tu favor. ¿Te falta algo de lo necesario? ¿Tiemblas por tus hijos? ¿Te hallas mal con la tranquila asistencia de tu esposa? ¿Te persigue la venganza, ni te acecha la emulacion para hacer que de tu estado descieras?

¿Te fatiga el duro peso de obligaciones tan serias como las que tiene un Grande que si ha de cumplir con ellas, aun tal vez para comer

hora cierta no le dexan? Dirás que nó: pues, Amigo, la riqueza verdadera

es esta, que lo demas viene á ser una quimera de la vanidad; y en fin, una vida muy expuesta.

Al rio con los papeles, y la caxa; vengan, vengan.

Mol. Espere usted, padre mio: jamas he visto una idea como la de usted. *Fric.* Pues tú, que eres quien menos la aprueba, has de ser quien la confirme, quando remedio no tenga.

Ric. ¿Cómo, Señor? *Fric.* Yo me entiendo.

Mol. Quando usted mandó que diera mano de esposa á Ricardo, no ví mas que su prudencia, su talento, y su virtud:

si mi esposo siempre fuera un Evanista, tambien estaria muy contenta, sin envidiar mas fortuna.

¿Pues no es una cosa fiera que habiendo nacido Grande, ha de huir la preeminencia que este Título le impone?

Yo no sé que la conciencia le conceda libertad,

para que huya de la senda de la altura, donde debe hacer todo el bien que pueda á su Patria, y á sus hijos.

En quanto á ser vida expuesta á sinsabores, yo creo que esa misma contingencia tienen todos los mortales;

pero con la diferencia, que un hombre pobre, es un hombre; y un hombre, grande, si á cierta á serlo, vale por tantos, quantos su piadosa diestra saca, con su proteccion,

del lago de la miseria.

Marq. Teneis razon, bella *Moli.*

Fric. En fin, hagan lo que quieran.

Mol. Señor Marqués, aquí no hay dificultad; Vuecelencia

dé parte al Rey. *Fric.* Hija mia:

Mol. ¿Qué dice usted? *Fric.* Yo quisiera que ántes se pensase mucho.

En tus ojos no se encuentra disposicion para ver mas que el punto á que se eleva tu marido. Ahora te ocupa esa aprension lisongera de la parte que te toca

en su fortuna; y si llega un costoso desengaño, ¿qué angustias serán las vuestras?

Mol. Es cierto, que me complace su suerte, y me lisongea la que á mí me corresponde: pero aun quando yo debiera ser víctima desgraciada de una novedad como esta, le aconsejará lo mismo.

Marq. *Moli* amable, esa es mi pena.

Ric. ¿Cómo, Marqués? *Ma.* Duque Amigo, temo que tu esposa sea víctima de tu destino.

Ric. ¿Pues qué? ¿Mi pecho pudiera concurrir á su desgracia?

Marq. Yo rezelo que te veas precisado, porque un Grande, conforme á las leyes nuestras, no puede, Enrique, casarse, sin que el Rey le dé licencia; y por otra parte, la hija de un Evanista, aunque sea virtuosa y respetable, como vuestra Esposa bella, no es correspondiente á un Duque de Darvi; nadie se acuerda

de un exemplar semejante,
y es natural, que no quiera
su Magestad, que se estrene
en esta alianza vuestra.

Mol. ¿Qué oygo, Dios mio?

*Siéntase sobre un taburete, y se inclina
en la mesa.*

Fric. Vé aquí

las terribles conseqüencias,
que yo esperaba del ansia
con que amabas la Grandeza.

¿Qué será, Moli, de tí
y de tus hijos? La afrenta
te llenará de rubor.

Mol. De dolor, no de vergüenza
Se levanta.

Yo, padre, no soy culpada,
aunque desgraciada sea.

El Señor Marqués solo habla
de rezelos, y aun pudiera
conformarse el Soberano,
y mucho mas, si supiera.

que soy madre, y que Ricardo
me quiere con tantas veras:
pero si á pesar de todo
fuere el separarme fuerza;
ántes que yo es mi marido,
él triunfe, aunque yo padezca.

Ric. Esposo bárbaro, y padre
sin piedad alguna fuera,
si á tanto precio comprase
el honor y la riqueza.

Este respetable Anciano
me ha dado el pan de su mesa,
y me dió á su propia hija,
que es centro de mi terneza.

Nuestra union bendixo el cielo,
dándonos por fruto de ella
dos hijos. ¿Pues cómo es fácil
que mi pundonor consienta
el cubrirlos de rubor,

de sentimiento, y de pena?

No, Marqués: quede ignorado
mi origen: ninguno entienda
mi calidad; pues mas amo
la virtud, y la belleza
de la amada esposa mia,
que los bienes de la tierra.

Mol. No se hable de mí. Ricardo
sube tu á ocupar la esfera
en que naciste, que yo
quedaré así mas contenta.

Ric. Sosiégate, esposa mia;
y puesto que la primera,
y mas alta de las leyes,
es la humanidad; no quieras
que yo la rompa: ántes bien,
si alguno la destruyera,
me quejára de él. De mí
podrán hacer lo que quieran,
como no sea mudar
la agradable suerte nuestra.

Marq. Sosegaos, sosegaos,
y creed de mi fineza,
que haré todo lo posible,
porque el Monarca te vuelva
tus Mayorazgos, y apruebe
esta dulce union estrecha. *¡Go!*

Mol. ¡Ay Señor! *Ric.* ¡Ay digno Ami-
Fric. El cielo os dé fortaleza.

Mol. A mi pecho tolerancia.

Ric. Al Soberano clemencia.

Marq. Y á este bienhechor, que afable
entre sus brazos os lleva:—

Todos. Todo el premio, de que es digno
el que en hacer bien se emplea.

ACTO TERCERO.

*Ricardo sale fatigado, pensativo, y
sin determinar sitio oportuno
donde subsistir.*

Ric. ¡Abandona á tu Muger!
¡No hagas de tus hijos caso!

¡Sepárate de la que amas!

Para aquesto es necesario
un corazon de una fiera,
ó un espíritu tirano.

Siempre será aborrecible
á mis ojos aquel fausto,
que la política humana
me ofrece á precio tan alto.

Un fino esposo, un fiel padre
perdiera todos los rasgos
de la virtud, si porque
su fortuna se ha mudado,
mudase su corazon.

Estudio de los humanos,
aplicate á conocer
los innumerables daños,
que esto que llaman honor
está en el mundo causando:
favorece la virtud,
y dexa exculpulos tantos;
pues es honor peligroso
el arrancar de mis brazos
una esposa, y unos hijos,
que el mismo cielo me ha dado.

Siéntase á un lado como rendido de su dolor, y sale Fric buscándole.

Fric. No le hallo, ¿dónde habrá ido?

La mesa ha desamparado
de repente, y me parece
salia como llorando.

Selvi, Selvi. llamando.

Salé Selvi. Mande usted.

Fric. ¿Dime qué estaban hablando
entre sí mi hija, y su esposo
en la mesa? *Selvi.* Aunque me aparto
muchas veces, por no oír
los secretos de mis amos;
hoy me dió la compasion
licencia para escucharlos.
Mi Ama miró á sus hijos,
y luego se anegó en llanto

como que alguna memoria
la comprimia, al mirarlos.

Mi Amo se levantó
todo en dolor anegado:
y conociendo su esposa
que procedia el quebranto
de su primer sentimiento,
le dixo: esposo adorado,
restitúyete á la mesa,
y come con mas descanso;
jamás volveré á llorar
en tu presencia: el conato
amoroso, con que miro
estos hijos desdichados,
me penetró el corazon.

¡Oh qué imprudente que he estado!
Mas imprudente soy yo,
respondió el Señor Ricardo,
sino conozco la fuerza
de los tormentos que paso.
Dixo: y lleno de dolor
se salió luego del quarto.

Fric. ¿Y donde ha ido? *Selvi.* Yo no sé:
mas si sé: allí está: miradlo.

Fric. ¿Qué haces Ricardo? Ea ven,
ven-hijo mio, y comamos
tranquilamente. *Ric.* Señor
no tengo gana. *Fric.* ¡Ah! ¡Ricardo!
Esta es la primera vez,
que despues de tantos años,
hemos visto en nuestra casa
la cara del sobresalto.

Ric. Es que ántes no era yo Duque.

Fric. Pues si la grandeza es paso
para el disgusto, ¿por qué
quieren escalarla tantos?

Ric. Porque muy pocos conocen
que no hay tan feliz estado,
como el de una interior paz;
y los que están ocupados
de las ideas del mundo,

tropiezan á cada paso
en el error de vender
por la ambicion el descanso.

Fric. Parece que ha entrado gente.

Ric. Sí Señor, y es un criado
del Marqués.

*Sale Moli muy alegre con una carta,
que entregará á Ricardo: este la to-
ma, y abre con mucha cobardía.*

Mol. Toma esta carta,
que con singular encargo
de la brevedad, te envia
el Marqués. Abrela: vamos:
¡qué te acobarda! *Ric.* El saber
que se dice en sus rasgos
nuestro destino *Mol.* Pues bien,
léela, porque sepamos,
para resistir sus golpes,
qué valor es necesáριο.

Ric. ¿Le tendrás? *Mol.* Sí, esposo mio.

Fric. A mí para averiguarlo
me falta: yo no la leo.

Ric. Tampoco yo. *Mol.* Pues estamos
bien: pero yo la leeré,
pues á mí me está dictando
el corazon, que aquí viene
todo quanto deseamos;
porque no fuera el Marqués
tan eficaz, para darnos
malas noticias. *Fric.* Pues ese
es el primer signo, que hallo
de no ser buenas, porque
éstas vienen mas despacio:
mas nosotros pretendemos,
hijos míos, conservarnos
en esta union venturosa;
solicita separarnos
una ley dura, y cruel,
y en los recursos humanos,
saber que el recurso es justo,
no es saber que has de negarlo.

Mol. Con todo, yo he de leerla,
porque el bien, ó el mal sepamos.

Lee. *Mi querido Duque:* ¡Bueno!

Este principio me ha dado
mas aliento que tenia:

Prosigo: *El Rey se ha alegrado
de que exista un heredero
de familia que tanto
sirvió á su Padre, y dispone
que todos los Mayorazgos,
y rentas que gozó el tuyo,
y le fueron seqüestrados,
te se entreguen libremente;
y con el mayor agrado
te restituye tambien*

*las Dignidades y cargos
que obtuvo tu Padre: en fin,
para todo se ha mostrado
muy propicio: únicamente
se resiste el Soberano
á aprobar tu Matrimonio,
y por mas que yo le he instado,
no he conseguido apartarle
del ánimo de anularlo.*

No puedo mas.

*Dexa caer la carta, y Moli cae sobre una
silla, que al golpe se transtorna, y
vuelca hacia el lado de Fric; este la
levanta, y Ricardo acude á su
socorro enternecido.*

Fric. ¡Hija mia!

Ric. Yo, que habia recelado
el contexto de esa carta,
debiera haber sido cauto,
y no dexar que la vieses.

Mol. Confieso que me he postrado
á mi primer movimiento;
perdonadme, Padre amado,
y vos, Señor: ya no debo
en otro estilo trataros.

Ric. ¡Ah Moli mia! Yo soy,

y seré á pesar de tantos
inconvenientes tu esposo,
y tu amante, y en tus manos
amables juro mil veces
de no ser jamas ingrato.
Invenciblemente odioso
fuera á mis ojos el fausto,
que me costase perder
tantos títulos sagrados,
como debo á tu ternura,
á tu virtud, y á tu alhago.

Mol. Duque, no nos engañemos:
en la situacion, que estamos,
nada te es mas favorable,
como olvidarme. Te encargo
que te acuerdes de tus hijos,
mientras ellos en mi amargo
sentimiento me acompañan;
pues en un sitio apartado
del comercio de las gentes,
viviré siempre adorando
tu memoria. *Ric.* Esposa mia,
enxuga ese tierno llanto,
mira que soy muy sensible,
y me vá el valor faltando.
En presentándome al Rey,
y escuchando de mis labios
la dulce felicidad
de nuestra union, mas humano
cederá á nuestros suspiros;
y para mas obligarlo
le diré así: „gran Monarca,
„á vuestros pies soberanos
„está el cadáver de Enrique,
„Duque de Darvi. He casado,
„sin noticia de mi origen,
„con el mas bello traslado
„de la virtud, y belleza:
„Tengo hijos, y en tan amados
„objetos tengo la vida:
„solo el poderoso brazo

„de vuestra Real Magestad
„puede colmar mi descanso,
„permitiendo que subsista
„mi Matrimonio; “ y en tanto
que con estas expresiones
su glorioso pecho ablando,
como ahora las de tu Padre,
Arrodíllase á los pies de Fric, y le be-
sa las manos con eficacia.

tomaré sus Reales manos,
las besaré muchas veces,
inundándolas el llanto
de mis ojos; y de suerte
expresaré mis quebrantos,
que ó despojo del dolor
quedaré á sus pies postrado,
ó concedido mi ruego
volveré amante á tus brazos.

*Desde los pies de Fric, se arroja á los
brazos de Moli.*

Fric. No quiero reconvenirte,
hija mia; pero ¡quántos
disgustos te has adquirido,
por haberle embarazado
á Ricardo, que tomase
mi consejo! *Mol.* Padre amado,
ahora hiciera lo mismo
á estar en el mismo caso,
y esto no por afectar
un valor extraordinario,
sino por vér á mi Esposo
en el lugar que le ha dado
su nacimiento. Yo tengo
un natural muy contrario
á aquellas locas mugeres,
que hoy en el mundo notamos;
pues seducidas del luxo,
en funciones, y saraos
despues de gastar la hacienda,
aventuran el recato:
y como haya obstentacion,

vana elevacion , y fausto,
no les importa que queden
los maridos arruinados.

No, Padre mio, yo quiero
dar este pequeño rasgo
de la virtud, y que á costa
de mis suspiros amargos,
sea mi esposo feliz.

¡Ay Duque mio! ¡Con cuánto
placer oiré yo contar,
que vives exercitado
en defender á tu Rey,
lidiando con sus contrarios,
y en socorrer á los pobres!
Reparte con franca mano
limosnas, y no atesores;
pues es el tîmbre mas alto
de un hombre feliz, el dar
favor á los desdichados.

Ric. ¡Qué pensamientos tan dignos!
¿cómo puedo abandonarlos,
ni á tí, dulce esposa mia?

Fric. Pero, hijos míos, cansaos
de atormentar este pecho,
que se mira penetrado
de vuestro mismo dolor.
¿Por qué os estais fatigando
con una desdicha incierta?
Esperemos confiados,
y reverentes, que el Rey
se ha de dignar consolarlos.

Sale Guill. Pues alabo la paciencia,
con que ustedes han estado
persuadidos, á que mi Ama
sufriera el desacato
de no haberla obedecido.
¡Bello lance hemos echado!

Fric. ¿Pues que ha sucedido Amigo?

Guill. Todo se lo llevó el diablo,
por ser ustedes tenaces.
Yo bastante he procurado

su bien estar: pero ustedes
son tales:— mas ya es en vano
mi deseo: la Condesa
un Real decreto ha ganado.
para desterrar á usted, *á Fric.*
y á su familia. El despacho
está expedido, y ya viene
un Ministro á ejecutarlo.

Ric. ¿Ves, Moli, cómo los cielos
nuestra suerte han mejorado?
Ves como este orden conduce
al fin de no separarnos?
Señor Guillermo, que vengan
al punto á notificarnos,
marcharemos al instante.
Recoge lo necesario
para tí, y para los chicos,
querida Moli, y partamos.
Nuestro buen Padre, tambien
(despues de haber entregado
lo que hay ageno en la tienda)
sabrâ seguir nuestros pasos.

Mol. ¿Pero cómo quieres?— *Fric.* Hija,
tu marido se ha explicado
(bre con mucho honor; pues todo hom-
de bien: vive precisado
á tomar algun partido
en los tormentos extraños
con que la naturaleza
acostumbra rodearnos.

Guill. ¡Pero ustedes me confunden!
¿Pues no era mas acertado
el ocultarse algun tiempo,
por si tal vez encontramos
algun medio de ablandar
á la Condesa? *Ric.* ¡Qué engaño!
¿Yo esconderme? Todo el colmo
de mis venturas he hallado
en ese destierro. *Guill.* ¡Ay tal!
¡vive quien, que yo no alcanzo
ap. las manías de estas gentes!

Todo ardid me sale vano.

Ric. Moli, ve, no te detengas,
y procura prepararlo
todo, con brevedad.

Moli. ¿A eso te atreves, Ricardo?

Ric. ¿Cómo si me atrevo? Creo
que en la situación que estamos,
no ha podido sucedernos
un mal que nos sirva tanto.

Mol. Yo veo, Ricardo mio,
que tú el partido has tomado,
que te parece mejor.
Falta el mio: iré á pensarlo.

Tomala carta que estaba en el suelo, y vase.

Guill. Yo no he visto disparate,
como ofrecerse al estrago
de una tempestad, pudiendo
conjurarla. *Ric.* Me hago cargo
de que usted quiere salvar
con nuestra fuga el tirano
proceder de la Condesa,
evitándola el empacho,
ó el rubor, que la dará
de que lleguen á intimarnos
un orden, que su impiedad
ha sacado con engaño
de la justicia del Rey;
pero ¿qué importa? Un acaso
imprevisto me dispone
á quedar muy obligado
de su venganza. *Fric.* Y si usted,
en calidad de Emisario,
viene á ver de qué manera
recibimos este agravio,
puede volver, y decirla
á su Excelencia, que estamos,
no solamente conformes,
sino muy regocijados.

Guill. Vaya ¡estos hombres son brujos! ap.
todo lo calan. Yo he dado
á ustedes diversas pruebas,

de que procedo en mis tratos
con toda hombría de bien.

Fric. Usted es un bribonazo,
que le hace traicion á su Ama,
en venir á revelarnos
lo que debe estar secreto,
mientras no está executado.

Guill. Es así; pero el cariño,
la inclinacion, y el conato
á favor de ustedes, me hizo
haberles anticipado
el aviso. *Fric.* Crea usted
que nada se lo estimamos,
pues como pensamos bien,
nos ofende que un criado
no guarde, como es debido,
fidelidad á sus Amos.

Guill. En ustedes se ha infundido
una soberbia que extraño;
mas presto se humillará
pues ya la orden ha llegado.

Sale un Ministro.

Señor, ponga usted su gente,
tomando todos los pasos,
para evitar toda fuga,
y no tarde usted, Ricardo,
en disponerse á marchar,
porque no estamos despacio.

Ric. Ahora muda usted de estilo,
porque se vé autorizado
con un Decreto del Rey,
que si pudiera mancharlo,
ó envilecer algun vicio,
seria el que á ejecutarlo
viniese usted. *Fric.* El quisiera
que fuésemos temerarios,
y huyésemos, para dar
á su malicia mas campo;
pero no lo logrará,
que aunque rudos, no ignoramos,
que las ordenes, que mandan

expedir los Soberanos,
ó justas, ó injustas, ligan
la obediencia del vasallo.

Guill. Ustedes tienen la culpa,
puesto que han desestimado
á su bienhechora. *Ric.* Quien?
La Condesa? Yo he pensado,
que no he de lograr fortuna,
como la que estoy gozando,
por su enemistad. Demas
de que en qualesquiera estado
tendremos mas dicha que ella. (do

Guill. Cómo? *Ric.* Cómo? No escuchan-
los muchos remordimientos,
que la afligirán. *Guill.* Despacio,
que hasta hoy solo han sido ustedes
para su Excelencia ingratos;
y si llegan á insolentes,
sabrá mi espada:— *Ric.* Villano,
suspende la osada accion,
y advierte, que si mis labios
respiran, te harán temblar,
y caer precipitado
al abismo, que tu propia
iniquidad te ha labrado.
Si el respetable decreto,
con que vienes á insultarnos
no mirase:— si la sangre
que en mis venas circulando
está, dexase:— mas habla,
executa todo quanto
quisieres, que tu baxeza,
y tu estilo inmoderado,
te hace inferior á mi enojo,
y te libra de mis manos.

Guill. Usted me sea testigo *al Ministro.*
de lo mal que me han hablado
estas gentes, y sujete
estos rebeldes malvados
que conspiran á perderme:
mire usted que si desato

mi cólera, será Londres
el mas infeliz teatro
de muertes, y de venganzas.

Yo bastantes cosas hago *ap.*
por disimular el miedo,
que tengo de algun porrazo;
pero el diantre del Ministro
El Ministro hace señas que se temple.
me parece un poco manso.

Ric. El que nos llama rebeldes
se engaña, puesto que estamos
dispuestos á obedecer;
y que mi muger ha entrado
á disponer lo preciso.

Padre mio, en este lado
oyga usted una palabra.

Se apartan, y hablan en secreto.

Guill. Yo muy bien urdido traygo
mi ardid: mas la lentitud
de la otra gente, me ha dado
notable desconfianza.

Moli se detiene tanto,
que recelo:— *Fric.* Sí, hijo mio,
bellamente lo has pensado.

Irémos á nuestra Patria,
donde con nuestro trabajo
podrémos vivir tranquilos.

Ric. Esto es lo mas acertado.

Entre usted, y diga á Moli,
que notarde. *Fric.* Voy volando. *vase.*

Ric. Está orden tan improvisa
me ha suspendido, y turbado.

Habrán engañado al Rey,
uniendo, y amontonando
falsedades. Hay mil gentes,
que solo encuentran descanso
en hacer mal. La Condesa
gastará con mis contrarios
las rentas que tiene mias,
para hacerme mayor daño.

Guill. Ay tal pausura! Juro á tal,

D

que

que estas gentes me dan chasco.

No vá la cosa en el modo,

que yo la habia ordenado.

Fric. Ricardo, Moli no está
en la tienda, ni en su cuarto.

Ric. Qué dice usted? Santo Dios!

Y mis hijos? *Fric.* Me ha informado

Selvi, que tomó el de pecho,

y se lo llevó en los brazos,

y el mayor está en la tienda.

Ric. Y diga usted, ha dexado
alguna prevencion hecha,
para el viage proyectado? *Fric.* No sé.

Ric. Pues dónde habrá ido?

Fric. Tampoco, amigo, lo alcanzo.

Ric. O Dios mio! Qué será esto?

Si algun traidor habrá osado::-

qué sospecha tan terrible!

tiembla mi enojo, si acaso::-

Asiendo del cuello á Guillermo.

Guill. Qué sospecha usted de mí?

Ric. Sospecho, que se han llevado
por fuerza á mi amada esposa;
y si un grito hubiera dado
fundamento á mi temor,
ya estarías sepultado.

Guill. Fuego!

Sale Selvi corriendo, y gritando desde adentro.

Selvi. Señor, unos hombres
de la tienda se han llevado
violentamente á tu hijo.

Ric. O Dios mio! Pues qué aguardo?

No sé por dónde salir.

Mortal estoy!

*La confusion le hace dudar el lugar de la
entrada. Vase, y Fric se apoya en el
primer bastidor.*

Fric. Hijo amado,
nieto de mi corazon!
tened piedad, cielo santo.

Guill. Bueno! Ya salió tambien,
y ya lo habrán agarrado. (*nistro.*

Venga usted, venga. *Vase, y el Mi-*

Fric. Qué impio!

A perderse vá Ricardo:

á todos los prenderán:

cómo vives, triste anciano?

Todo acabó para mí:

el terror me vá quitando

la débil fuerza. Ah Condesa!

En qué te hemos agraviado

que con tal rigor nos tratas?

Mas qué miro? No me engaño.

Mi Ricardo es! Hijo mio!

*Salen Ricardo con un niño en la mano,
en la otra un escoplo grande, o una
hacha de carpintero, el cuello de la
camisa roto, como trémulo, y la voz
alterada, y el Ministro.*

Ric. Padre, ya yo he recobrado
á mi hijo, huyeron todos;
son muy cobardes los malos;
solo á mi muger no he visto.
Ay señor! Usted me ha dado
al Ministro.

socorro: sin su favor,
triunfáran esos malvados.

Pero mi muger::- ay padre!

guarde usted este pedazo

de mi corazon, que voy

á saber dónde han llevado

la infeliz esposa mia.

Mas cielos! Qué estoy mirando!

ella viene aquí.

Sale Moli. O mi esposo! con alegría,

O padre mio! Vivamos;

respiremos sin horror.

Ric. En donde, Moli, has dexado

el niño? *Moli.* Seguro está:

los vecinos se juntaron,

yo les dixen::- me dixeron:

pero yo no sé lo que hablo.

He visto al Rey. Qué bondad!

Qué ternura! Qué agasajo!

Fric. Al Rey! Santo Dios! Le hablaste!

Moli. Sí señor, y me ha escuchado con un agrado indecible.

Ric. Te escuchó? Sobre qué caso le hablaste? Qué respondió?

Moli. La alegría me ha turbado de modo, que no es posible hacer un puntual relato:

únicamente me acuerdo

que tomándome la mano,

me ayudó su Magestad

á levantarme, y llamando

á uno de sus confidentes,

les dixo así. Yo no he dado

orden, para desterrar,

ni hacer el menor agravio

al Heredero de Darvi;

y el decreto que he firmado

contra Fric, y su familia,

le revoco ahora, usando

de mi Regia potestad,

porque fuí mal informado.

Dá noticia á la Condesa,

(y á los que hubiere enviado

para executar la orden)

de esto último, que mando.

Ric. Ay Moli! tú me has perdido!

Fric. Toda esperanza has cerrado

de podernos conservar

unidos. *Moli.* Yo, padre, no hago

caso de mí, solo aspiro

á que mi amado Ricardo

recobre todo el honor

del esplendor heredado,

y esta accion ha de aplaudir

el Rey y todo el estado,

y aun la misma emulacion.

El Marqués dentro, llamando con mu-

cha priesa.

Marq. Abrid pronto aquí, que traigo una orden del Rey. *Moli.* Ay Dios! El Marqués es, yo le abro.

Marq. Usted puede retirarse con su gente; me ha mandado

el Rey decirselo así,

y respondo en todo caso

de la persona de Fric, (*Ministro.*

la de su hija, y Ricardo. *vase el*

Moli. Ves, Ricardo, como es cierto?

Marq. Su Magestad ha quedado

gozoso de haberte visto,

amable Moli, entró al quarto

de la Reyna, en que yo estaba,

y la contó todo el caso

de tu súplica; alabó

el honesto defensor

con que la hiciste, y el brio

de tu espíritu gallardo.

Moli. En verdad, que no me acuerdo, sino es de haberme arrojado

á sus generosos pies,

y poniendo en su Real mano

vuestra carta, le mostré

el niño que iba en mis brazos,

le miró risueñamente,

y yo, reprimiendo el llanto,

hablé, y no sé lo que hablé.

Perdóname, esposo amado,

porque entónces no veía

sino tu riesgo; ya alcanzo

que la turbacion, y el susto

que padecí en aquel acto,

no pudieron producir,

un estilo acomodado

á la Magestad. *Marq.* No Moli,

hablaste con juicio tanto,

que el Rey quedó conmovido,

y de tal suerte, que quando

contó el suceso á la Reyna,

las lágrimas se asomaron
 á los compasivos ojos
 de nuestros dos Soberanos.
 Decia el Rey: ¡O qué hazaña
 digna de esculpirse en mármol,
 no reclamar una ley
 que rompe el amante lazo
 de dos esposos! Enrique
 abandona sus estados,
 rentas, dignidad, y empleos,
 por no mirarse apartado
 de su muger, y esta misma
 solicita lo contrario,
 porque no pierda su esposo
 la fortuna que ha heredado!
 Vé, Marqués, me dixo á mí,
 y preven á todos quantos
 hubieren tenido parte
 en los bienes confiscados
 del Duque de Darvi, que
 en el perentorio plazo
 de tres dias, los entreguen
 á Enrique, y de lo contrario
 harás embargar los suyos.
 Finalmente, me ha enviado,
 à que de su proteccion
 os dé los mayores rasgos.

Fric. Si supiera Vuecelencia
 qué crueldades se han usado
 con nosotros! *Ric.* Padre mio,
 pido á usted que no aflijamos
 esta alma sensible: el cielo
 quiera que siempre ignorado
 esté el insulto. *Moli.* Qué ha habido?

Ric. Tú eres un Angel baxado
 del cielo para mi dicha,
 de lo demas no hagas caso.
 Y querrá el Rey, Marqués mio,
 despues de esto separarnos?

Marq. No, Duque, porque la Reyna
 que es de la piedad traslado,
 ha intercedido por Moli;
 y el Rey dexa ya aprobado
 el Matrimonio, y me manda,
 que lleve á Moli á Palacio,
 con título de Duquesa
 de Darvi. *Ric.* Monarca sabio,
 Rey benigno, en mí tendrás
 el mas humilde vasallo,
 y el que con mas prontitud
 en la lid, con tus contrarios,
 oponga el pecho, en defensa
 de su dueño Soberano.
 Adorada esposa mia,
 llega sin susto á mis brazos,
 llega Duquesa de Darvi,
 y llegad vos, padre amado,
 porque los tres tributemos
 nuestros rendimientos gratos
 al Marqués. *se postran.*

Marq. Alzad, Señores.

Yo, querido Duque, no hallo
 mérito en mí; solamente
 en quanto aquí he executado
 mi obligacion he cumplido
 contigo desempeñando
 la providad, y el honor,
 con que debemos portarnos.

Fric. Hombre benéfico, digno,
 de los generosos, y altos
 elogios del todo el mundo;
 tú serás recompensado
 por el tesoro del Cielo;
 porque no hacen los humanos
 obra buena, que no tenga
 en la eternidad el pago.

Tod. Y aquí acaba la comedia:
 perdonad defectos tantos.